

las ruega, las insta á que le escriban á menudo; se enfada si pierden la menor ocasión de darle noticias; pero ¡qué enfados! los que salen directamente del corazón para ir derechos á buscar otro corazón. «Os escribo estos renglones sólo para reprenderos, querida mía—escribe á la Madre de Blonay—y para deciros que no volváis á dejar pasar las ocasiones de escribirme, sin hacerlo; ciertamente, si estuviéseis aquí, os había de dar un abrazo muy apretado para castigaros. En fin, perdono lo pasado, pero cuidado con volver á cometer esta falta; ¿no sabéis lo que quiero á la pobrecita vieja de mi Hija y á sus cartitas también?» (1)

Mientras tanto empezaba el invierno, y como la Madre de Chantal se había propuesto visitar los monasterios del Franco-Condado, de la Lorena, de la Picardía y de la Normandía, se apresuró á dejar el Mediodía. Iba de Aviñón á Grenoble, cuando la entregaron una carta del Obispo de Ginebra que la llamaba. Sabiendo que su viaje la había fatigado mucho, y temiendo por su salud á causa de su avanzada edad, le mandaba interrumpirle y volver á la ciudad de Annecy por el camino más corto. Volvió á ella con esa necesidad de soledad y silencio que nunca la había dejado, y que aumentaba todos los días; esperaba descansar, en fin, pero no debía encontrar reposo sino en la tumba.

(1) Hay una multitud de cartas por este estilo, desgraciadamente desconocidas hasta ahora. El Sr. Migne y el Sr. Ed. de Barthelemy, dando á luz ahora un gran número de ellas, han hecho un servicio muy grande.



CAPÍTULO XXXII

Últimas pruebas de la Madre de Chantal.—Penas interiores.—
Muertes de la Madre de Chatel, de la Madre Favre y de la
Madre de Brechard.—Fundación de la Visitación de Turin.

1637 — 1640

LA Madre de Chantal tocaba ya al término de su carrera y al fin de su realizada misión. Iba á fundar la casa setenta y seis de su Orden, y preparaba cuatro ó cinco, con lo que el total de los monasterios de la Visitación llegaría á ochenta. Había recorrido sucesivamente la Lorena, la Francia, la Saboya y la Suiza, venerada en todas partes como Santa, y llevada, por decirlo así, como en triunfo. Para dirigirla en una carrera tan extraordinaria, le había dado el Señor los dos Santos más grandes de este siglo, San Francisco de Sales y San Vicente de Paúl; y necesitando también mujeres fuertes para servirle de instrumentos, tuvo la felicidad de encontrarlas dotadas de una virtud y cualidades, que sobrepujaban á sus necesidades y esperanzas. No le restaba ya, después de haber ceñido á sus sienes tantas coronas, sino recibir y poner en su cabeza la suprema corona de la adversidad, que da tanto valor á las demás, y sin la cual falta algo á la más hermosa vida, «y un no sé qué de perfección—dice magníficamente Bossuet—que la desgracia añade á la virtud.»

Pero Dios no había esperado hasta entonces para regalar á la Madre de Chantal con el don inestimable del dolor. Casi nunca se llega á los sesenta y ocho años sin haber sufrido mucho; y cuando un alma se entrega á Dios con la generosidad de nuestra Santa, Jesucristo crucificado no la deja tan largos años sin tocarla con su cetro. «Y á mí, hija mía—decía la Santa á una hermana, que gustaba por primera vez las amarguras de la cruz—hace cuarenta años que las tentaciones me martirizan. ¿Y perderé por esto el valor? No, ¡oh! no; quiero esperar en Dios, aún cuando me hubiera muerto y aniquilado para siempre.» Y añadía estas humildes y magníficas palabras: «Mi alma era un hierro tan enmohecido con el orín de mis pecados, que ha sido menester este fuego de la Justicia divina para limpiarla un poco (1).

Pero ¿qué eran todas estas penas interiores sufridas hacía cuarenta años, comparadas con las que cayeron sobre ella al declinar sus días? Por el año 1632, Dios hizo penetrar en su cabeza, hasta sacarla sangre, la corona de espinas que llevaba ya hacía tanto tiempo, y principió á prepararla para la muerte, con una agonia de nueve años.

Entrevió en un éxtasis el sentido, duración y utilidad del martirio que la aguardaba.

Era el 14 de Junio, día de San Basilio. Estaba en la recreación, cuando de repente se vió asaltada del amor divino con tal violencia, que le faltó la palabra. Se quedó con los ojos cerrados, inflamado el rostro, tratando de distraerse hilando en su rueca, y deteniéndose de repente quedó sin movimiento á pesar suyo. Cuando vió que absolutamente no podía hacer otra cosa, queriendo al menos disimular la gracia que recibía, hizo cantar, y procuró cantar ella misma algunas estrofas de un cántico compuesto por la Madre de Brechard.

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 460.

Esto la calmó un poco, y sintiéndose más dueña de sí misma, principió á decir algunas palabras de fuego. «Queridas Hijas mías—dijo;— San Basilio y la mayor parte de nuestros santos Padres y columnas de la Iglesia no han sido martirizados; ¿por qué creéis ha sucedido esto?»

Después que todas respondieron, dijo: «Y yo pienso que es, porque hay un martirio que se llama el martirio del amor, en el cual, sosteniendo Dios la vida de sus siervos, los hace á un mismo tiempo mártires y confesores. Y este es el martirio á que están destinadas las Hijas de la Visitación.» Una Hermana preguntó en qué consistía. «Dad—dijo— á Dios vuestra voluntad, y lo sentiréis. El amor divino atraviesa como con una espada las más íntimas partes de nuestras almas, y nos separa de nosotras mismas. Yo sé de un alma á quien el amor ha separado de las cosas que le eran más sensibles, mejor que si los tiranos hubieran separado su cuerpo de su alma con el filo de la espada.

—¿Y cuánto tiempo dura este martirio?—preguntó una Hermana.

—Desde el momento en que el alma se entrega á Dios hasta la hora de la muerte. Pero esto se entiende de los corazones generosos que, sin volver á tomar lo que una vez dieron, son fieles al amor, porque á los corazones pequeños y débiles no quiere el Señor martirizarlos; se contenta con dejarlos rodando poquito á poco en su círculo por miedo de que se le escapen.

—Y este martirio de amor—preguntó otra Hermana—¿puede igualar al martirio corporal?

—¡Oh! Sí, ciertamente—respondió;—el uno no cede al otro, porque el amor es fuerte como la muerte, y los mártires de amor sufren más conservando su vida para cumplir la voluntad de Dios, que si fuese necesario dar mil en testimonio de su fe, de su amor y de su fidelidad.»

Al día siguiente de aquel en que Dios había manifestado á la santa Madre de Chantal la perfección del martirio del amor, principió su agonía, que no concluyó sino un mes antes de su muerte. Su alma se vió abandonada á tantas penas interiores y tan crueles, que no se conocía á sí misma. No se atrevía ni á bajar los ojos para mirar á su alma, ni á levantarlos hacia Dios. Su alma le parecía manchada de pecados, negra de ingratitud, desfigurada y horrible á la vista. Cuantas mayores cosas hacía por Dios, cuanto más brillante era su perfección á los ojos del mundo, más desnuda se veía de virtudes, más falta de todo mérito, aun de los de Jesucristo. Si se exceptúan los pensamientos de impureza, de que nunca se vió asaltada, no hay idea mala de que su entendimiento no estuviese lleno, ni acción detestable que no se ocurriese á su imaginación. Dudas sobre los más adorables misterios, blasfemias contra los atributos más misericordiosos de Dios, y juicios los más abominables contra su prójimo atormentaban su espíritu. Decía que su interior parecía un gran jardín en que circulaban con libertad los más horribles reptiles, sin que pudiese echarlos ni destruirlos. Así, cuando hablaba de sus penas, corrían las lágrimas por sus mejillas; por la noche se la oía suspirar como un enfermo que está en la agonía. Por el día olvidaba el comer y el beber, y lo más espantoso de todo era que en medio de estas tentaciones le parecía estaba abandonada de Dios, que no la veía ni se cuidaba de ella. Tendía sus brazos hacia Él, pero como se hace en las tinieblas á un amigo que desapareció para siempre: ó más bien, Dios no sólo estaba ausente para ella, era su enemigo, y la rechazaba. En vano para calmar su espanto trataba de recordar aquellas imágenes amables del Pastor y del Esposo [ó del amigo, bajo las cuales se le había representado tan á menudo; en cuanto pensaba en Dios, le veía aparecer como un juez irritado, como un Señor

despreciado y pidiendo venganza. Poco á poco, todos los ejercicios en que se trataba de Dios se le hicieron molestos. Se ponía á temblar cuando tenía que ir á la oración, sobre todo cuando se llegaba á la santa Comunión, en donde la idea de sus crímenes y la idea de la santidad infinita de Dios la atravesaban como dos espadas. Hasta la lectura espiritual que tanto le gustaba, vino á serle molesta porque en ella se hablaba de Dios. Decía á una de las Hermanas, que no podía oír en el refectorio sin sentir como dardos que le pasaban el corazón.

Hasta entonces á lo menos, aunque agitada con las más violentas penas interiores, había conservado todas las luces para la dirección de las demás. Ahora ya no fué así, y este ministerio vino á ser para ella origen de espantosas tentaciones. No podía oír hablar de una pena sin sentirla, ni oír hablar de un pecado sin imaginar que le cometía. Un día, hablándole la Madre de Blonay de algunas penas interiores: «¡Oh! Madre mía— la dijo con las manos juntas y las lágrimas en los ojos— no prosigáis; yo me veré abrumada con esta tentación; ya la veo venir, y siento que me asalta.» Y á otra Hermana: «¡Si supieseis, Hermana mía, la dolorosa situación de mi espíritu! De cuantas penas espirituales y de todas las tentaciones de que me hablan las Hermanas, me hallo á cada instante asaltada. Dios me da palabras para ayudarlas y consolarlas, y yo me quedo en mi miseria. ¿No debo yo desear hallarme en las manos de una buena Superiora, que me guíe en este estado tan triste y de tan penosa ceguera?»

¡Espectáculo digno de profunda meditación! ¡Ver á esta mujer fuerte, á esta firme inteligencia, tan clara y tan grande, verla, digo, aniquilada, abatida, incapaz de guiarse, obligada á caminar á tientas por el camino de la vida espiritual, que tanto conoce para los demás, del que tanto y tan admirablemente tiene hablado, y

del que ya casi no ve ni un rayo de luz para ella! Así es como Dios la humilla, así es como mantiene en humildad á estos grandes Santos que admiramos en la historia, que resucitan muertos, predicen lo porvenir, y de quienes algunas veces nos preguntamos temblando qué hacen para poder ser humildes. Mientras se les lleva en triunfo y se les besan los pies, Dios los humilla en el secreto de sus almas, los aflige con vergonzosos bofetones y les hace sufrir en el fondo del corazón una agonía que los hace insensibles á todas las honras del mundo.

Con nada puede explicarse la violencia de las tentaciones que asaltaron á la Madre de Chantal en los últimos años de su vida. «Mirad, Hijas mías—decía,—me veo reducida á tal extremo, que nada de este mundo puede consolarme sino esta sola palabra: *la muerte*. Estoy pensando siempre cuántos años vivieron mis padres, abuelos y bisabuelos para dar algún alivio á mi alma con la idea de que ya me queda poco tiempo que vivir en este mundo.» Y en otra ocasión: «No quiero ya pensar cuándo me moriré, he tenido escrúpulo de perder el tiempo, considerando que mi padre no vivió más que setenta y tres años, y que yo no viviré más que él, porque esto es un alivio inútil.» Decía á menudo «que era menester sacrificarse á la vida, como en otro tiempo se sacrificaban los mártires á la muerte.»

En medio de estas espantosas pruebas, capaces de arrancarle tan tristes palabras, se veía brillar su gran virtud. Torturada interiormente, su rostro, no obstante, se mantenía alegre y gracioso, de suerte que las Hermanas jóvenes no podían pensar ni por casualidad que sufría tan terribles penas interiores. «En vano agitaba la tempestad á esta rosa de caridad—dice la Madre de Chaugy,—siempre se conservaba fresca y exhalando un olor fragantísimo (1)»

(1) *Memorias*, pág. 450

Por otra parte, no abandonaba Dios á su sierva y le enviaba sus ángeles para que la confortaran en su agonía. Una vez que se sentía abrumada por una profunda tristeza, oyó de repente una voz que le dijo: «Lee el libro octavo de las *Confesiones* de San Agustín.» Otra vez que lloraba abundantemente la misma voz le dijo: «Lee el capítulo treinta y siete del tercer libro de la *Imitación*.»

Otro día en que su alma estaba como anegada en su dolor, se le apareció San Francisco de Sales vestido de pontifical, sentado sobre su trono lleno de gloria y majestad. Al instante se puso de rodillas diciendo: «Padre mío, ¿qué queréis que haga?—Hija mía—respondió el Santo—Dios quiere que acabéis amorosa y animosamente lo que por amor habéis principiado.»

Pero lo que más que estas apariciones sostenía y consolaba á la Madre de Chantal era la obediencia. Depuesta entonces, como ya hemos visto, había entregado su alma á la dirección de la Madre de Chatel, Superiora de Annecy, y la obedecía como la menor de las novicias. Por su parte la Madre de Chatel, llena de sabiduría y experiencia, seguía con firmeza los principios mismos de dirección con que San Francisco de Sales había tranquilizado á la Santa en el tiempo de sus primeras penas; que el mismo Santo había aplicado con tanto éxito á las almas ardientes de la Madre Favre y la Madre Brechard, y que tan buenos resultados le habían dado en la dirección de la misma Madre Angélica Arnaul, hasta el día en que cayó de las manos prudentes de San Francisco de Sales en las del Abate de Saint-Cyran, y cambió de vida mudando de dirección.

A todas las quejas de la Santa, á todos sus temores de obrar mal, á todas sus dolorosas inquietudes sobre lo pasado y lo presente, la Madre de Chatel no tenía más que una sola palabra, una sola respuesta: «No ha-

bléis de ello jamás, ni con Dios, ni con vos misma. No miréis nunca lo que es, para decirlo á quienquiera que sea, y no *hagáis jamás ningún examen sobre esto*. Ocultaos vuestra pena *á vos misma*, y haced como si no la sintierais. *Mirad á Dios*, y si podéis hablarle, que sea sólo de El mismo (1).»

Principio es este de verdadera y gran dirección, que desapega las almas y las desapropia, por decirlo así, de sí mismas; que las enseña á no mirarse tanto y mirar más á Dios; á ocuparse mucho en El y poco en sí mismas, y que apaga las penas interiores como se apaga un incendio, quitándole el pábulo; porque sucede con las penas interiores como con todos los objetos sometidos á la vista de aumento de la imaginación humana, que cuanto más se miran más crecen, y el único medio de destruirlas, es no mirarlas ni aun para humillarse.

La Madre de Chantal se encontró tan bien con esta práctica, que resolvió hacer voto de no detenerse nunca voluntariamente en responder á las tentaciones, ni aun en mirarlas. La Madre de Chatel consintió en ello, pero con la condición precisa de que no haría el voto más que para un día, y le renovaría cada mañana (2), lo que le dió algún consuelo.

A estas penas de espíritu se sujetaron muy pronto grandes penas de corazón; Dios la había herido ya muchas veces en sus más caros afectos. Padres, hijos, nietos, yernos, nueras, todos los había visto morir. De sus seis hijos no le quedaba más que una hija, y aun ésta viuda; de todos sus nietos, solo dos vivían y ya eran huérfanos. Después de haberla probado Dios en sus hijos según la carne, iba á herirla en sus Hijas según el espíritu. San Francisco de Sales había seguido á la tumba al presidente Fremiot. La Madre Favre, la Ma-

(1) *Cartas de la Madre de Chantal*, 407.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 463.—Maupas, pág. 247.

dre de Chatel y la Madre de Brechard, iban á seguir á María Amada y á Celso Benigno.¹

La primera á quien la muerte arrebató fué la Madre Favre, y era muy justo; ninguna era más amada de la Madre de Chantal. Hacía veinticinco años que llevaba con ella el peso del Instituto naciente. Superiora sucesivamente en París, Lyon, Dijón y Chambéry; fundadora de los monasterios de Troyes, de Montferrand, de Bourg-en-Bresses; resplandeciente en virtudes, de una pobreza y pureza [angélicas, obediente como una niña, fuerte como un león, incapaz de abatirse ni desanimarse, había hecho á la Orden los servicios más eminentes, y se había conquistado en el más alto grado la estimación y el afecto de la Madre de Chantal. Era su *grande Hija*, como gustaba de llamarla, sirviéndose de una palabra de San Francisco de Sales.

Lo que aumentaba, si era posible, el cariño que le tenía, es que Dios llevaba á la Madre Favre por el mismo camino doloroso que la santa Fundadora regaba entonces con sus lágrimas. Esta semejanza de padecimientos había unido más íntimamente á estas dos almas, tan fuertes una y otra, las dos tan ardientes, pero envueltas entonces en las mismas tinieblas y afligidas con los mismos golpes.

Para que nada faltase á su dolor, la Madre de Chantal no tuvo el consuelo de cerrar los ojos á la Madre Favre. Supo de repente su muerte, acaecida en el momento en que, contando apenas cuarenta y ocho años de edad, podía esperarse que viviría aún muchos años para el servicio de Dios y bien del Instituto. Como sufría hacía largo tiempo horribles cólicos hepáticos, los médicos la habían propinado las aguas minerales; pero para tomarlas, como era consiguiente, se necesitaba quebrantar la clausura, y la Madre Favre prefirió morir. Se anunció su próximo fin con un cólico mucho más terrible que los demás. Tal era la violencia de los dolo-

res, que esta alma generosa hizo lo que nunca había hecho en su vida; pidió á la Santísima Virgen le alcanzase un poco de descanso; temía volverse loca, y sus gritos daban lástima; «parecían gritos de presos á quienes diesen tormento.» Un poco antes de morir cesaron del todo sus penas interiores, y saboreó así al borde del sepulcro esa paz que tan poco había conocido en el mundo, y de la cual debía estar inundada en el otro. Una alegría extraordinaria apareció en su rostro, que se puso hermoso como el de un ángel. Su último suspiro fué tan dulce, que nadie lo advirtió (1).

La Madre de Chantal partió al instante para Chambery, á fin de tributar los últimos obsequios á su grande Hija, y fué testigo del sentimiento universal y de las públicas señales de veneración que la siguieron al sepulcro. Todo el mundo la proclamaba santa, y reparaban sus hábitos como otras tantas reliquias.

La Madre de Chantal volvía triste y consolada de esta muerte tan pronta y tan feliz, cuando al llegar á su monasterio de Annecy encontró á la Madre de Chatel que también hacía sus preparativos para morir. Tenía cincuenta y un años, una salud robusta, una vejez que apenas despuntaba; pero oyéndola hablar, no podía dudarse de que se acercaba la hora de la muerte; á todo el mundo se lo decía; concluía apresuradamente lo que tenía principiado, y no emprendía nada nuevo. «Despachémonos—decía á la Madre de Chaugy, á la cual dictaba las *Memorias* sobre los principios de la Visitación—no tengo más que un poco de tiempo, hija mía.» Y dándole más prisa aún para escribir la vida y virtudes de la santa Madre de Chantal, «preguntadme, Hija mía—decía,—á fin de que no olvide nada, porque dentro de poco nada podré decir.»

Concluídos todos sus negocios se metió en la cama,

(1) 14 de Junio de 1637. *Vida de las primeras Madres*, tom. I, pág. 112.

con la paz de un viajero que espera la hora de la partida. Una mañana se había quedado medio dormida, cuando la Madre Favre se le apareció de repente hermosa y graciosa, tendiéndole los brazos. Comprendió que la hora se acercaba, porque era cosa convenida entre ellas, que la primera que viese á Dios le pediría permiso para venir á buscar á la otra.

Durante su enfermedad la Madre de Chatel estuvo como lo había estado siempre, embriagada de delicias y consuelos espirituales. «Madre mía—decía á la Madre de Chantal,—yo no he tenido nunca en el corazón sino á Jesús, María y José, á nuestro Padre y Fundador, á Vuestra Caridad y á nuestro pequeño Instituto.» Habiendo caído en un adormecimiento letárgico, de donde los médicos quisieron sacarla por medios dolorosos, no se le oía más que una sola palabra: «Madre mía, mi buena Madre.» Se le preguntó á quien llamaba así: «Tengo—dijo—dos queridas y buenas Madres, la Virgen Santísima que está en el cielo y me socorre con su mano poderosa, y mi digna Madre de Chantal, que tiene cuidado de mí aquí en la tierra.» Confesó que se había acusado en el tribunal de la penitencia, como de una temeridad, de haber deseado sobrevivir á la Santa Madre, por no dejarla en su vejez sin el apoyo de sus primeras Hijas. «Pero esto era orgullo—dijo á las Hermanas—porque Vuestras Caridades son mucho más capaces que yo para consolarla y servirla.»

La Madre de Chantal sentía quebrantársele el corazón oyendo estas protestaciones, y viendo que se iba esta Superiora de quien tanto necesitaba en sus penas. Quitar á la Madre de Chantal la Madre de Chatel, era romper el palo en manos del ciego. Pero ya lo había dicho: «Aun cuando Dios me matara, le amaría siempre.» De pie al lado de la cama de la enferma, padeciendo en su corazón más que ésta en el cuerpo, con los ojos arrasados en lágrimas, asistió hasta el fin,